

---

<b>Historia de la paz. Tiempos, espacios y actores</b>	<b>207</b>
<hr/>	
<b>El hambre en el mundo explicada a mi hijo</b>	
<b>Geopolítica del hambre. Las hambrunas exhibidas. Informe 2001</b>	<b>210</b>
<hr/>	
<b>What women do in wartime. Gender and conflict in Africa</b>	<b>215</b>
<hr/>	
<b>La política europea de España</b>	<b>218</b>
<hr/>	
<b>La identidad europea de seguridad y defensa</b>	<b>218</b>
<hr/>	
<b>Violencia, apoyo a las víctimas y reconstrucción social. Experiencias internacionales y el desafío vasco</b>	<b>221</b>
<hr/>	
<b>Conflicto, paz y cooperación para el desarrollo en el umbral del siglo XXI</b>	<b>222</b>

---

## **HISTORIA DE LA PAZ. TIEMPOS, ESPACIOS Y ACTORES.**

Francisco A. Muñoz y Mario López Martínez (eds.)  
Editorial Universidad de Granada, Granada, 2000, 452 páginas. (Colección *Eirene*, nº 12).

Historiadores de la talla de Peter Burke o Josep Fontana se han referido en fechas recientes a la necesidad de encontrar nuevas maneras de explicar el pasado para repensar el presente, a partir de la recuperación de las vidas, los grupos y las culturas silenciadas, ausentes para las crónicas oficiales al servicio del poder. Esa “historia para después del fin de la historia” —según reza el título de un ensayo del citado Fontana, escrito en 1992— debe, por una parte, responder a los retos éticos, sociales y políticos del nuevo tiempo que nos ha tocado vivir y, por otro lado, incorporar enfoques y métodos que subviertan los criterios epistemológicos establecidos.

El libro cuya reseña presentamos constituye una sugerente respuesta a las necesidades apuntadas. El proyecto de reconstrucción de una historia de la paz que se esboza en sus páginas no aparece, sin embargo, de una manera oportunista o casual, sino que es el resultado de un proceso de trabajo que el Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada ha asumido desde sus comienzos. Nos encontramos con una obra de una relativa envergadura, tanto por su extensión como por la finalidad que se propone: presentar un abanico de estudios

históricos en torno a la evolución de la teoría y la práctica de la paz a lo largo de los siglos. Los interrogantes que se abren ante semejante propósito son tan abundantes que exceden las limitaciones de espacio de estas líneas. En todo caso, este libro culmina y anuncia una línea de investigación de similar entidad, en cuanto a profundidad y alcance —diferente en cuanto a métodos y contenidos— a la de los anuarios del Centro de Investigación para la Paz de Madrid, o los volúmenes que recogen los trabajos del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza. Por lo que respecta a la estructura del texto, su contenido está organizado en once capítulos sin numerar, de desigual extensión y estilos muy variados. Los estudios que aparecen al principio y al final, elaborados por los editores del volumen, introducen los principios generales que dan sentido al conjunto y ofrecen sugerencias de cara a futuros desarrollos de las hipótesis planteadas. Los capítulos dos, tres y cuatro se sitúan en el mundo antiguo: Pedro San Ginés analiza la pluralidad de filosofías en la China clásica referidas a la paz; M<sup>a</sup> José Cano se centra en el mundo hebreo, estudiando el tema de la Alianza como núcleo de instituciones y procedimientos de paz en el pueblo; Francisco A. Muñoz utiliza el marco geohistórico del Mediterráneo antiguo para destacar los escenarios y procesos de paz que contribuyeron a la creación de un sustrato cultural común entre sus gentes: los intercambios comerciales, ideológicos y materiales “silenciosos”, los actos diplomáticos o los ritos de acogida y hospitalidad. Tras la compartimentación de la

unidad mediterránea entre los reinos germánicos occidentales, la civilización bizantina en oriente y el mundo islámico meridional — anuncio de los siglos medievales, según las sugestivas y discutibles tesis de Henri Pirenne— los dos capítulos siguientes se sitúan en la civilización musulmana:

Beatriz Molina sistematiza las aportaciones que las creencias religiosas y la organización sociopolítica islámica realizan a la idea y la realidad de la paz y José Rodríguez Molina se centra en el análisis de un episodio concreto y ejemplarizante: la convivencia de cristianos y musulmanes en la frontera de Granada.

El capítulo siete, elaborado por Eduardo Enríquez, aborda la construcción del sistema de Estados y las relaciones internacionales a lo largo de los tiempos modernos, a partir del binomio realismo-idealismo, que mantendrá su vigencia hasta el mundo contemporáneo. Por su parte, Mario López dedica el capítulo noveno, el más extenso del libro, a analizar los movimientos sociales pacifistas de la época contemporánea, desde los albores del siglo XIX hasta el momento presente; finalmente, los capítulos octavo y décimo realizan lecturas transversales de la paz en la historia: Cándida Martínez López vuelve al mundo antiguo para trazar un conjunto de reflexiones alrededor de las mujeres y la paz desde la perspectiva de género, y M<sup>a</sup> Elena Díez Jorge busca las diferentes expresiones iconográficas de la paz dentro de la historia de las imágenes artísticas.

Como ya se ha indicado, los capítulos que preceden y cierran el conjunto de estudios citados suministran las claves necesarias para comprender los recorridos

propuestos. Los editores defienden una tesis de profundas implicaciones conceptuales y metodológicas, que afectan al qué, el cómo y el para qué de la ciencia del tiempo: convertir la paz en objeto de la historia requiere, en primer lugar, reconocerla en el momento y en el escenario de la sociedad y la cultura en que aparece, mediante un rastreo sistemático de sus formas, significados, variantes y realizaciones humanas, lo que supone, en segundo lugar, utilizar fuentes nuevas o enfocar de manera diferente la ya existentes, con el objetivo de hacer visible una reconstrucción dinámica y comprensible de los diversos pacifismos del pasado.

Si el sentido y la finalidad de la investigación histórica es el “estudio de la sociedades en movimiento”, según la atinada expresión de Pierre Vilar, la propuesta de los autores es hacer inteligible dicho movimiento no sólo desde las instituciones de la violencia armada, sino también desde los proyectos y concreciones de la paz. Guerra y paz coexisten en el devenir de cualquier sociedad, en la medida en que ambas son instrumentos para afrontar los conflictos que surgen en su seno. Aunque “las experiencias pacíficas, de intercambio, cooperación, solidaridad, diplomacia, han sido dominantes en la historia”, siempre han convivido con las experiencias bélicas. Por eso, cuando nos planteamos hacer historia de la paz, no podemos concebirla en términos absolutos y eternos, ni en el pasado ni en el futuro, sino en la contextualización de sus procesos y hechos, imperfectos pero reales. El debate abierto por este concepto de “paz imperfecta” convierte a sus promotores, a

nuestro modo de ver, no sólo en coordinadores y coautores de la publicación que comentamos sino, sobre todo, en animadores de sus contenidos, es decir, instigadores de investigaciones transformadoras en sentido intelectual, social y cultural.

Resulta difícil juzgar esta obra en su conjunto, debido a la gran variedad y a la distinta calidad de las aportaciones, tanto en lo que respecta al género historiográfico escogido —cultura, movimientos sociales, ideas políticas, género, iconología— como en lo que se refiere a la escala utilizada y el propósito pretendido: desde la monografía insertada en un espacio y un tiempo concretos hasta la síntesis de un tiempo y un espacio mucho más largo y amplio. Más que un orden cronológico o geográfico riguroso —hay ausencias importantes, como el cristianismo primitivo, la civilización hindú o las comunidades indígenas americanas precolombinas— el texto, como indica el subtítulo, se centra en categorías, que quedan expuestas en el último capítulo: la larga duración braudeliana frente a la secuencia de acontecimientos característica de la narración positivista; los espacios sociales y culturales frente a los marcos políticos estatales; los actores sociales invisibles y silenciosos —las mujeres, los campesinos, los comerciantes— frente a las elites dominantes, colectivas o individuales. Estas elecciones traen consecuencias muy relevantes, tanto en procedimientos de trabajo como en formas narrativas, que el libro explora con amplitud, aunque algunas intuiciones superan en audacia a los resultados. Este desequilibrio es lógico, tratándose de una tentativa pionera, que

avanza sin referentes a los que acudir.

En tanto que punto de encuentro entre la investigación para la paz y la historiografía que se practica en el ámbito universitario, este trabajo presenta un equilibrio que a veces no han tenido anteriores ensayos producidos en el contexto del Instituto de la Paz y los Conflictos. Por un lado, supera las aproximaciones a la historia que habían hecho hasta el momento algunos investigadores para la paz, centradas en el análisis más o menos convencional de los antecedentes de los conflictos que abordaban, o en la evolución del pensamiento pacifista teórico, sin considerar, más allá de los lugares comunes habituales, el estudio de las acciones y prácticas que han socializado, incluso transformado dicho pensamiento. En todo caso, la investigación para la paz se ha ocupado poco de las aportaciones de las escuelas historiográficas más renovadoras, que aquí aparecen puestas al servicio de los temas más frecuentados por dicha investigación.

Por otro lado, tampoco se cae en la tentación, propia de ciertos ensayos periodísticos e históricos recientes, de presentar como “estudios para la paz” el conocido inventario de iniciativas institucionales, confeccionando una especie de historia de las buenas intenciones de los dirigentes políticos a la hora de firmar tratados o asistir a conferencias. El libro evidencia la urgencia y la profundidad de un cambio de mirada, en busca de lo que, de alguna manera, quedaba al margen o subordinado a la historia marcada por el culto a la guerra y a la fuerza militar. En este sentido, como los trabajos de Anna Bastida han demostrado sobradamente, incluso la guerra

puede ser objeto de un tratamiento rigurosamente pacifista que, al hacer presente otras realidades que los manuales tradicionales pasan por alto (consciente o inconscientemente) permite profundizar aún más en el fenómeno estudiado, desvelando la falsedad de sus legitimaciones y razonamientos.

En definitiva, este trabajo abre muchas estancias que, hasta ahora, permanecían incomunicadas entre sí. El esfuerzo de los investigadores que Francisco A. Muñoz y Mario López han reunido en el volumen por aplicar el rigor de sus respectivas áreas de conocimiento a la configuración de una historia de la paz es altamente meritorio.

El enriquecimiento de los estudios sobre los conflictos que se deriva de su lectura ayudará, sin duda, a fundamentar una comprensión mucho más profunda de las diversas manifestaciones del pacifismo pasadas, presentes y futuras.

Pedro Sáez  
CIP

## **EL HAMBRE EN EL MUNDO EXPLICADA A MI HIJO.**

Jean Ziegler

La Medianoche, Muchnik Editores, Barcelona, 2000.

## **GEOPOLITICA DEL HAMBRE. LAS HAMBRUNAS EXHIBIDAS. INFORME 2001.**

Acción contra el Hambre Icaria Editorial, Barcelona, 2000, 140 páginas.

Siguiendo el hilo conductor de un diálogo entre un padre y su hijo Karim, *El hambre en el mundo explicada a mi hijo* ayuda a comprender las causas, la utilización y las soluciones al problema del hambre en el mundo, sin olvidar el sufrimiento de los que la padecen y el olvido del Primer Mundo. “Nadie en Occidente ha reparado en este horror”, dice el autor, pero lo cierto es que más de 828 millones de personas pasan hambre. La cifra apenas ha descendido desde 1990: sólo un 1%. Hoy, el hambre afecta al 19% de la población mundial.

Jean Ziegler, profesor de Sociología en la Universidad de Ginebra, desmitifica las causas de este problema y afirma, por ejemplo, que no se debe a la carencia objetiva de alimentos, sino a una injusta distribución de los bienes, un problema de acceso: “Millones de seres humanos mueren de hambre cada año porque no tienen los medios económicos —u otros— para acceder a una alimentación suficiente”. También repasa las

justificaciones que fabrican las conciencias occidentales con respecto al hambre y, sobre todo, ataca la de la “selección natural” y a aquellos que “hablan del mito de la superpoblación del planeta y de la función reguladora y eliminadora de las hambrunas”. Ziegler es implacable: “La idea implica un racismo inconsistente”. A continuación, explica qué es la “hambruna estructural” y la “hambruna coyuntural”. Ésta se debe al derrumbe imprevisto del sistema económico y político de una sociedad, como consecuencia de una guerra o una catástrofe. La primera, según Ziegler, es inherente a las estructuras sociales del país. El problema no acaba con la distribución del alimento entre los afectados, sino que se necesitan tratamientos médicos para ellos.

En algunos campos de acogida de África, Ziegler relata cómo los médicos han de elegir — ante la escasez de recursos — a la persona que recibirá tratamiento, en función de si tiene posibilidades de salvarse o está ya irreversiblemente afectada. El autor pone de manifiesto la crueldad de esta práctica, pero apunta que es irremediable debido a los pocos recursos de que disponen las organizaciones humanitarias. “¡Pero no son problemas insuperables!”, dice Karim, el niño. La solución es más compleja. Se necesita organizar la ayuda y transportarla, junto al personal especializado, hasta la zona afectada. Además, “un niño en estado avanzado de hambre debe ser tratado siguiendo unos métodos muy precisos”, un trozo de pan podría matarle. La aplicación de un tratamiento adecuado puede llevar tres o cuatro semanas.

En cuanto a los resortes que el mundo ha puesto en marcha para

paliar el hambre en el mundo, Ziegler explica cómo funciona el Programa Mundial de Alimentos (PMA), por ejemplo, revelando sus virtudes y sus fallos. El funcionamiento del mercado mundial de alimentos tiene efectos devastadores sobre los países que padecen hambre. Una cuarta parte de la cosecha mundial de cereales se utiliza para alimentar al ganado de los países ricos. Pero, recuerda el autor, el principal problema es la especulación sobre el precio de los alimentos. La despiadada ley de la oferta y la demanda sólo rinde cuentas a la optimización de los beneficios.

Además de la ley del mercado, hay otros culpables de que muchos pueblos padezcan hambre. Uno de ellos es la guerra que, además, hace muy difíciles las tareas de traslado y distribución de la ayuda alimentaria internacional. Pero también el hambre puede utilizarse como un arma: el “arma alimentaria”. Como destaca Ziegler, “algunas potencias utilizan la privación de alimento como un arma contra aquellos a quienes pretenden imponer su voluntad”. Así fue utilizada en Sarajevo por el presidente serbio Slobodan Milosevic, entre 1992 y 1995; en Tubmanburg (Liberia), en octubre de 1996, por las tropas de Charles Taylor; o en Sudán, por parte del régimen de Hasan Turabi.

Pero para Ziegler, estos “criminales” no lo son menos que Estados Unidos, que también utiliza el arma alimentaria como medida de presión. Así actúa Washington con respecto a Egipto y, gracias a la dependencia alimentaria de éste, “[el presidente] Mubarak es una simple marioneta” de Estados Unidos. El ejemplo de “chantaje

más violento” lo da Irak, país al que se ha impuesto un bloqueo económico que tiene mortales repercusiones para la población. Hay algo peor que esto y es “la utilización del hambre como arma de terror contra el propio pueblo”. El paradigma de esta práctica es, según el libro, Corea del Norte. El régimen de Pyongyang “mata de hambre a cientos de miles de ciudadanos”. El método es el siguiente: “Existen en las montañas del norte del país y a lo largo de la frontera con China inmensos *gulags*: campos de exterminio por medio del trabajo y la desnutrición”. La ONU estima que más de 200.000 personas permanecen en estos campos, donde huir no pasa de ser un sueño imposible. La muerte, que sobreviene, como muy tarde, al cabo de unos años de trabajos extenuadores, tal y como describe Ziegler, “está científicamente organizada”. “Un cuerpo especial de guardianes-presidarios controla su agonía”, indica el autor.

El panorama desolador se complementa con los apuntes de Ziegler sobre los intentos de algunos gobernantes (como Salvador Allende en Chile o Thomas Sankara en Burkina Faso) para salir del hambre y del subdesarrollo y de cómo acabaron sus proyectos (Allende y Sankara fueron asesinados en operaciones teledirigidas desde el extranjero). Tras analizar las “proezas” que el hombre es capaz de hacer, Jean Ziegler pasa a argumentar cuáles son las causas naturales del hambre. Así, explica a su hijo las incidencias de la desertificación y de las catástrofes climatológicas en la seguridad alimentaria. Sus víctimas son los refugiados ecológicos, que suman hoy 250 millones, según cifras de Naciones Unidas.

Abrumado por la realidad que acaba de conocer, Karim pregunta a su padre: “¿Por qué nadie nos habla nunca en el colegio de la hambruna en el mundo y de las personas que la provocan y de las que la combaten?”. Tal y como le explica su padre, el hambre en el mundo es un tema tabú porque nos avergüenza. “Ya no hay salida”, se lamenta Karim. Y su padre es incapaz de quitarle esa idea de la cabeza. “Habría que cambiar el orden asesino del mundo”, concluye.

Y precisamente a la utilización del hambre como arma dedica Acción contra el Hambre su informe de este año. En particular, a las hambrunas que determinados países utilizan para captar la atención de la comunidad internacional con el fin de obtener una mayor cantidad de ayuda que, en ocasiones, se desvía y no llega a la población más necesitada, sino que sirve para alimentar a un ejército o a grupos guerrilleros. Son las hambrunas exhibidas. Según denuncia Acción contra el Hambre en este informe, las guerras han provocado casi todas las situaciones de emergencia alimentaria en las que la organización ha intervenido, siendo la mayoría hambrunas exhibidas para sacar partido de la ayuda internacional.

El libro que nos ocupa describe cuáles son las “trampas para la ayuda” y denuncia la concentración de población en zonas estratégicas en las que, al no disponer de medios de alimentación, se provoca una situación de hambruna que es exhibida ante los medios de comunicación y las agencias de ayuda internacional. Estos campos se hallan siempre cerca de los frentes de combate. En medio del caos, resulta fácil para los bandos armados inflar las necesidades de

asistencia, con lo que obtienen cantidades para alimentar a los combatientes.

“El reparto de ayuda es una baza estratégica de los movimientos armados en periodos de guerra, pero también lo es en tiempo de paz, cuando los combatientes pretenden convertirse en partidos políticos, ya que el volumen de la ayuda depende de la magnitud de la población enclaustrada en el territorio controlado”, explica esta ONG. En este informe se advierte de la necesidad de adoptar estrategias de intervención humanitaria que eviten el desvío de la ayuda y se desmitifica la fórmula del “camión salvavidas”, apuntando los riesgos de que sea aprovechado por las fuerzas del poder y del terror.

Tras esta introducción, que analiza los aspectos clave de una intervención humanitaria, el juego de intereses a los que se enfrenta y el papel de los distintos actores, el informe se centra en seis casos concretos, debidamente contextualizados, de crisis humanitarias: Timor Oriental, Sierra Leona, Angola, Etiopía, Corea del Norte y Chechenia. El libro analiza las causas de cada crisis y su situación actual, acompañándose de cronologías, mapas e infográficos. En Timor Oriental se advierte del riesgo de futuras tensiones sociales que pueden provocar la frustración de las expectativas que generó la independencia. El nuevo país, que accedió a su independencia el 30 de agosto de 1999 mediante un referéndum de autodeterminación, vive una situación de vacío técnico, económico y administrativo que la ONU trata de subsanar. Mientras, las ONG intentan resolver los problemas más urgentes. Para Acción contra el Hambre, la falta de resultados tangibles desespera

a los timorenses: el paro es masivo, no hay actividad económica, surgen las mafias. La organización apunta que esta situación “propicia la gestación de una crisis social más o menos virulenta cuando únicamente se trataba de una transición política”. El capítulo dedicado a Sierra Leona nos hace ver cómo un país con tanta riqueza ha llegado a sumirse en el caos más absoluto. Precisamente ahí está la clave: la obsesión de los sucesivos Gobiernos es “sacar partido a las riquezas del país para así reforzar su supremacía política”. El análisis se ocupa de los orígenes históricos del país, de su división social y étnica y de los diversos actores y fuerzas de poder, hasta llegar a la crisis actual. “Destruir las cosechas y cortarles las manos y los pies a los campesinos para impedirles plantar y recolectar arroz es, además de una forma de imponerse por el terror, un método para dominar a todos cuantos habrían podido prescindir del sistema mediante una economía aldeana de total subsistencia y hacerlos depender también de los repartos de arroz. El que reparte el arroz, tiene el poder”, afirma Acción contra el Hambre, al tiempo que denuncia que la ayuda humanitaria es interceptada por las fuerzas de poder, convirtiéndose en “nuevo motor del clientelismo”. Angola vive diezmada por 30 años de guerra civil. La perpetuación del caos es, para Acción contra el Hambre, “una cortina de humo tras la que ocultar la explotación de las fabulosas riquezas de Angola”. Antes de su independencia era uno de los países más prometedores de África; ahora, la población depende totalmente de la ayuda alimentaria. La responsabilidad de la hambruna,

“creada y exhibida desde hace 20 años”, corresponde directamente “a las fuerzas del MPLA y de la UNITA”. Ambos bandos armados comparten una cosa: el expolio al que someten a la población.

La hambruna que padece la población etíope es, para Acción contra el Hambre, el arquetipo de una hambruna “exhibida”. Entre los fines que el régimen pretende conseguir con ella están atraer la ayuda internacional, asegurarse una comarca con tendencias secesionistas, como Ogadén, y unir a los etíopes en una causa común a pocas semanas de unas elecciones. El capítulo se centra en la situación que se vive en la provincia de Ogadén, sumida en un perpetuo estado de guerra que favorece el desvío de la ayuda internacional. Hay una “guerra secreta” en esta zona, “un gigantesco campo militar en el que el ejército etíope no escatima exacciones” contra la población, de mayoría somalí. Acción contra el Hambre también denuncia la manipulación de la crisis humanitaria por parte del Gobierno, que la controla concentrando a la población necesitada en un radio de 50 kilómetros. Todos los reportajes que vemos en los medios de comunicación están hechos en Denan, donde “la hambruna es especialmente visible”.

“Corea del Norte nos brinda el mejor y a la vez más trágico ejemplo de cómo se explota el hambre con fines propagandísticos”, dice Acción contra el Hambre. Pero ninguna organización de ayuda humanitaria puede llegar a las víctimas, ya que el Gobierno norcoreano canaliza todas las donaciones. Corea del Norte es el país que recibe la ayuda más cuantiosa del mundo, pero ésta no llega a los que más la necesitan.

Ante la prohibición del Gobierno de que las ONG accedan a determinadas provincias, la estricta vigilancia de las autoridades y los impedimentos a que realicen sus propios análisis de las necesidades, éstas abandonaron el país. Acción contra el Hambre denuncia la exclusión en que vive gran parte de la población.

En septiembre de 1999, la guerra volvió a enquistarse en Chechenia, ante la pasividad de la comunidad internacional. Acción contra el Hambre refleja en su informe la “violencia desmedida” que ejerce el Ejército ruso contra la población civil: combatientes y civiles son una misma cosa en la “operación antiterrorista” que ha emprendido el Kremlin en esta república. Los refugiados chechenos en la vecina Ingushetia alcanzan los 200.000, instalados en campos provisionales y careciendo de alimentos, agua o medicinas. La ayuda internacional es canalizada por Rusia, lo que favorece su desvío y su reparto discriminatorio, ante la inseguridad que se vive en la zona.

*Rosa Meneses Aranda*  
Periodista y Experta en  
Información Internacional y  
Países del Sur

**WHAT WOMEN DO IN  
WARTIME. GENDER  
AND CONFLICT IN  
AFRICA**

Meredeth Turshen y  
Clotilde Twagiramariya (eds)  
Zed Books, Londres/Nueva  
York, 1998, 180 páginas.

Con el final de la Guerra Fría y de los apoyos que tradicionalmente las superpotencias proporcionaban a los Gobiernos y grupos insurgentes africanos, los conflictos armados en este continente no sólo no han disminuido sino que, por el contrario, han aumentado en número e intensidad de la violencia. La proliferación de actores y redes involucrados en la compraventa de armas han provocado una auténtica militarización del continente, con una dispersión de la violencia entre multitud de grupos armados de todo signo y unos Estados que tratan de frenar su proceso de creciente debilidad mediante la coacción y el abuso institucional. Las principales víctimas de esta situación son, en la mayoría de los casos, las mujeres y niños. Este libro, una mezcla de reportaje, testimonio y trabajo académico, cuenta con aportaciones de mujeres de Chad, Liberia, Mozambique, Namibia, Ruanda, Suráfrica y Sudán, que hablan abiertamente de violaciones masivas, torturas y abusos sexuales, esclavitud, y de la forma en que la guerra y la represión política afectan a la vida de las mujeres en este continente. Ver la forma en que ellas experimentan la guerra, como combatientes o como víctimas, la escasa respuesta que despiertan estos crímenes en quienes

deberían ser los guardianes de la ley y la forma en que se organizan posteriormente las mujeres para hacer frente a estas situaciones, son sus principales aportaciones. A su vez, cada capítulo cuenta con una breve introducción donde se trazan las líneas maestras del conflicto.

En la introducción a este volumen, Meredeth Turshen señala que la guerra crea sociedades militarizadas, en las que se ligan militarismo y masculinidad. Esta observación es una construcción cultural y supone la institucionalización de lo militar y de la violencia como su valor principal. La proliferación de armas ligeras y de actores armados coloca a las mujeres en una situación de gran vulnerabilidad y les resta capacidad para defenderse de las agresiones: en muchas ocasiones, por tratarse de sociedades patriarcales con división sexual de papeles muy definida, a la agresión física se une la humillación y el desprecio de la comunidad, por lo que resulta muy difícil que acepten hablar del tema y, en caso de que lo hagan, no suelen encontrar comprensión ni una respuesta adecuada. La actitud de la sociedad es determinante a la hora de construir la experiencia de la violación; si las mujeres no pueden hablar de ello o temen ser estigmatizadas, el trauma es una mezcla de humillación, violencia y culpa. Si las condiciones son diferentes, el impacto psicosocial de la violación puede ser más fácilmente mitigado. En el capítulo dedicado a Namibia, Tekla Shikola, antigua combatiente del SWAPO, describe sus experiencias en ocho años de lucha armada. Su texto pone de relieve lo artificial de la construcción social de la violación pues, si bien afirma que no existían los abusos sexuales en el

seno de esta organización, reconoce que muchas jóvenes podían temer las consecuencias de decir “no” a alguno de los comandantes. El sometimiento y el silencio eran considerados la mejor o única opción, ante lo que cabe preguntarse ¿qué son, entonces, los abusos sexuales? La presión de una guerra civil genera sociedades fracturadas a lo largo de líneas étnicas, raciales, religiosas o de partido, donde se rompe la solidaridad comunitaria y se incrementa la violencia doméstica. Incluso se rompe la solidaridad entre las propias mujeres. El ejemplo más claro lo cuentan Beth Goldblatt y Sheila Meintjes en el capítulo dedicado a la Suráfrica del *apartheid*, donde mujeres pertenecientes a los cuerpos de seguridad o a la guardia de las prisiones torturaban a otras en los centros de detención, incluso inyectándoles agua en las trompas de Falopio para provocar la esterilidad. A esto se sumaban las violaciones y abusos sexuales por parte de los funcionarios varones y en las filas del propio Congreso Nacional Africano. Su aportación es un extracto del informe que presentaron ante la Comisión para la Verdad y Reconciliación en Suráfrica, la única hasta aquel momento en considerar de forma específica el problema de la violencia de género.

Pero las mujeres no son sólo víctimas pasivas en un contexto de violencia y caos. Además de salvaguardar la unidad familiar y mantener a sus familias, han adoptado iniciativas políticas de gran valor y coraje. Éste fue el caso del *homeland* surafricano de KwaZulu/Natal, donde organizaciones de mujeres y de jóvenes constituyeron el Frente Democrático Unido (*United Democratic Front*, UDF), que el

partido gobernante Inkhata consideró una amenaza y un potencial aliado del CNA. A partir de ese momento, integrantes o no de uno de los bandos, todas las mujeres se convirtieron en objetivo de asesinatos, violaciones, raptos y torturas. En Chad, la violencia contra las mujeres, tanto por parte de las fuerzas gubernamentales como de los rebeldes, llevó a la Comisión de Mujeres de la Liga de Derechos Humanos a hacer un llamamiento a la comunidad internacional para acabar con la total impunidad de que gozan los asaltantes, y a recordar al Gobierno de Chad sus responsabilidades en la protección de los ciudadanos y en el cumplimiento de las normas internacionales de derechos humanos suscritas por este país. Durante el genocidio de Ruanda (al igual que había ocurrido en la ex Yugoslavia) se usó la violación como arma de guerra e instrumento de la limpieza étnica: las milicias hutus la usaron para desestabilizar a los tutsis y minar su resistencia como comunidad. Este objetivo era declarado incluso en la propaganda que incitaba a la violencia. El Tribunal Penal Internacional que juzga los crímenes de guerra cometidos en este país incluye entre sus competencias el delito de violación, pero ninguno de sus componentes le ha dado, por el momento, la menor importancia, y así lo ha denunciado Human Rights Watch.

Las mujeres constituyen el mayor número entre los refugiados y desplazados. Muchas mujeres del sur de Sudán huyen a las ciudades del norte, especialmente a Jartum, para huir de la violencia. Pero allí, además de unas condiciones de vida extremadamente difíciles y una profunda discriminación, se encuentran con una cultura,

normas sociales y costumbres muy diferentes a las suyas, se quiebran los lazos comunitarios y se impone un comportamiento individualista, derivado de la guerra, que les resulta frustrante y desesperanzador.

En Mozambique, varias asociaciones han tratado de abordar los efectos psicológicos, físicos y sociales de la violencia contra las mujeres, una violencia que ha subsistido tras el final de la guerra. Estas iniciativas se abordan en el capítulo 4, donde se plantean las causas, sujetos y síntomas de la violencia, y los esfuerzos realizados tanto en medidas preventivas como en la atención a las víctimas, de cara a restaurar la dignidad personal tantas veces pisoteada.

El volumen concluye con un capítulo dedicado a la militarización del continente africano, situando los conflictos en el marco de las relaciones internacionales. Sin embargo, no todo es negativo y algunas situaciones pueden considerarse un punto de partida: un efecto derivado de la guerra, tanto en Chad como en otros países africanos, ha sido incrementar la independencia e incluso el *status* social de muchas mujeres que, por la muerte, exilio o lesiones de sus maridos se convierten en cabeza de hogar y logran —aunque por un camino bien difícil— una independencia social y económica que nunca tuvieron. Donde se consigue traspasar la línea de la esfera privada al espacio público, esto puede representar el principio del fin de la sumisión y la toma de conciencia de su capacidad para asegurar la supervivencia de sus comunidades y familias.

Sin embargo, la comunidad internacional debería también asumir sus responsabilidades. No se trata sólo de apoyar a las

organizaciones locales de mujeres, sino de aplicar claramente el Derecho Internacional y sus disposiciones sobre la violencia sexual, un camino que se inició en el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia pero que habría que plantear de forma mucho más eficaz.

La ausencia de las mujeres en las instancias de toma de decisiones y en las negociaciones que pueden llevar a un acuerdo de paz significa que la mitad de la población está excluida de procesos que afectarán decisivamente a su vida. El 31 de octubre de 2000, el Consejo de Seguridad de NN UU reconoció este hecho mediante la aprobación de una histórica resolución que pide la inclusión de más mujeres en las negociaciones de paz y en las fuerzas de mantenimiento de la paz en todo el mundo, incluso dentro del sistema de la ONU. La resolución viene a reconocer los denodados esfuerzos realizados por grupos de mujeres en Irlanda del Norte, América Latina, Bosnia, Sudán y Oriente Medio para lograr la comprensión y reconciliación entre comunidades enfrentadas. Estas mujeres son excluidas cuando se negocian acuerdos de paz definitivos, y sus intereses y reclamaciones no son atendidas. La resolución del Consejo de Seguridad reclama mayor atención a sus esfuerzos, la toma en consideración de la situación de las mujeres en cualquier documento o informe de esta organización, y el nombramiento de mujeres como representantes o enviadas especiales a zonas de conflicto para impulsar los esfuerzos que conduzcan a alcanzar la paz.

*Mabel González Bustelo*  
Periodista y coordinadora  
de *Papeles*

**LA POLITICA EUROPEA DE ESPAÑA.**

Esther Barbé  
Ariel, Barcelona 1999, 221 páginas.

**LA IDENTIDAD EUROPEA DE SEGURIDAD Y DEFENSA.**

Félix Arteaga  
Política Exterior y Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, 316 páginas.

La idea de Europa preocupa en España. No es sólo el hecho de que en breve tiempo tengamos que estar usando forzosamente una nueva moneda, de la que el común de los ciudadanos apenas conoce siquiera su símbolo. Ni que fuera de nuestras fronteras, en unas capitales europeas que desde este lado de los Pirineos se nos aparecen remotas y donde reina, casi liberada de cualquier control democrático, una aséptica burocracia internacional, se decida en gran parte nuestro modo de vivir, de trabajar, de comprar y de vender; se determine lo que podemos o no hacer en muchas actividades de nuestra vida y hasta se definan las ayudas y subvenciones que sirven para paliar algunos problemas inherentes a la integración supranacional.

Cómo haya de encajar en la naciente Unión Europea una vieja nación plurinacional como España, qué objetivos comunes se puedan proponer desde ella, a qué otros habrá que renunciar, qué ventajas e inconvenientes implicará la integración, todo esto son cuestiones que los españoles

se preguntan cuando la Unión Europea va poco a poco configurando, cada vez con más visibilidad y firmeza, el escenario en el que desarrollan sus vidas cotidianas. Los efectos de la integración llegan hasta los más remotos rincones: hay que reducir cultivos, arrancar cepas, suprimir cabezas de ganado, producir menos leche... y muchos españoles se preguntan por qué. Por otro lado, desde el Estrecho de Gibraltar hasta la lejana isla de Fuerteventura se advierten nuevos e inquietantes síntomas de la *europiedad*: por esos lugares pasa la ahora frontera exterior europea y, por tanto, se ven sometidos a flujos migratorios clandestinos que con frecuencia ponen a prueba sus recursos y capacidades. Todos estos problemas, y muchos otros, son secuelas que la pertenencia a Europa hace que tengan que soportar muchos ciudadanos españoles. A todos les interesa conocer las causas.

Pero también en Europa, desde los órganos directivos que rigen sus destinos como tal Unión, preocupa cómo se puede articular una política coherente y unitaria de seguridad y defensa. Europa ha ido creciendo y cristalizando en torno a unos parámetros e intereses comerciales y financieros. No en vano fue conocida durante muchos años con el nombre de Comunidad Económica Europea. Por el contrario, se halla todavía casi totalmente desprovista de los necesarios elementos de solidaridad social colectiva. Se observa la paradoja de que el capital se mueve dentro de ella con plena libertad a la búsqueda de los máximos beneficios, pero no goza de la misma flexibilidad la fuerza de trabajo. Además, las políticas sociales y fiscales siguen

sin estar coordinadas. Apenas se han gestado todavía los organismos defensivos inherentes a cualquier idea de soberanía propia. Cuando de estos últimos se trata, Europa no puede dejar de mirar de soslayo a la única superpotencia que ha sobrevivido a la Guerra Fría y que es la que tiene en sus manos la última decisión en lo que a defensa militar europea se refiere.

¿Cómo se puede articular una política exterior y de seguridad común (PESC) entre un conjunto de países cuyos intereses todavía no coinciden plenamente? Los ciudadanos europeos han constatado la incapacidad de la Unión para hacer frente, de modo coordinado, a crisis tan próximas y graves como las que se han venido sucediendo en los Balcanes. Y aunque perciben que la Unión Europea carece todavía de muchos instrumentos necesarios para poder sostener una política exterior común, también advierten que la creación de tales medios encuentra numerosas dificultades. Éstas se extienden en un amplio abanico que va desde el recelo y la desconfianza que a menudo se percibe en EE UU y la necesidad de no suscitar conflictos entre los miembros de la OTAN, hasta la escasez o falta de los necesarios presupuestos o de interés social real por crear tales instrumentos. Los dos libros aquí reseñados tratan por extenso ambos aspectos. La catedrática de Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Barcelona examina de modo sistemático en el primero de ellos la interrelación Europa-España durante el periodo 1990-99. Esther Barbé analiza el modelo de Europa que España ha defendido en el proceso de la construcción europea, a la vez que, como en un

espejo, estudia cómo el proceso europeo ha afectado al debate político interno español. Durante estos años, la autora ha participado en proyectos de investigación, luego convertidos en libros colectivos sobre la política exterior europea o sobre el papel internacional de España. Es muy sugestiva la idea inicial que ella propone a los lectores y que se expresa del siguiente modo: la caída del muro de Berlín creó en España un sentimiento de periferia al intuir que Europa dirigía sus miradas hacia el Este. Entonces se plantearon algunas de las cuestiones a las que Barbé responde ampliamente en su libro: ¿Cómo reaccionó España? ¿Cómo afectaron los cambios a la visión española de Europa? ¿Cómo van a influir en España, en los planos social y político? ¿Cómo intervendrá España en el proyecto de la Europa futura? Para el lector interesado en estas cuestiones o para el investigador o académico que necesita profundizar en ellas, el manual de política europea española que aquí se comenta es un libro indispensable de estudio y consulta. El “síndrome del pedigüeno”, los problemas especiales españoles —ETA, Canarias, Gibraltar...— en el marco europeo, la cualidad fronteriza de nuestro territorio y muchas otras cuestiones hallan aquí un comentario a la vez ameno y bien documentado. (Ver *Papeles* N° 72, donde Francisco Rey realiza otra reseña más amplia de este mismo libro). Con un prólogo de Javier Rupérez se abre el segundo de los textos comentados, que versa sobre la identidad europea de seguridad y defensa (IESD en siglas castellanas), y se cierra con un compendio de gráficos, organigramas, cuadros y tablas

necesarios para el estudioso en estas materias. Tras un amplio análisis en el que sucesivamente se trata de la PESC, de la Unión Europea Occidental y de los aspectos militar y económico de la IESD, el lector no puede por menos que estar de acuerdo con el autor, el profesor e investigador Félix Arteaga, que concluye su documentado trabajo con estas líneas: “En una era de incertidumbre y cambio acelerado [...] no puede predecirse cuál será el futuro de la IESD a la vuelta del milenio. En el caso más optimista, culminaría el proceso europeo de integración tras alcanzarse la unión política, para dotar a la UE de todos los atributos de un actor internacional. En el caso más desfavorable, y si se agudiza el proceso de renacionalización de los intereses, la IESD —y la Unión— entrarían en un proceso de estancamiento, postergación o liquidación”.

Somos Europa, estamos en ella, pertenecemos a ella. Pero qué cosa vaya siendo la Unión Europea con el paso de los años es algo que todavía no está definido. Y menos claro está todavía el papel que España y los españoles puedan jugar en ella.

¿Proveedores de servicios turísticos y de descanso para los opulentos nórdicos? ¿Marca fronteriza meridional frente a la que se estrellan las masas que huyen de la miseria africana? ¿Plataforma intermedia para la proyección de fuerzas norteamericanas hacia Oriente? ¿Mano de obra más barata que la centroeuropea y menos conflictiva? ¿Punto de salto intermedio de muchas multinacionales, antes de encaminarse a países del Tercer Mundo? Es legítimo plantearse cuestiones que, por ahora, apenas

tienen respuestas. Leyendo los libros aquí reseñados, el lector podrá extraer sus propias conclusiones entre muchas incertidumbres que lamentablemente no podrá resolver de inmediato.

*Alberto Piris*  
CIP

**VIOLENCIA, APOYO A LAS VÍCTIMAS Y RECONSTRUCCIÓN SOCIAL.**

**EXPERIENCIAS INTERNACIONALES Y EL DESAFÍO VASCO.**

Carlos Martín Beristain y Darío Páez Rovira  
Editorial Fundamentos,  
Madrid, 2000, 136 páginas.

Este libro surge como respuesta a una demanda de varias organizaciones sociales e instituciones y de la dirección de Derechos Humanos del Gobierno vasco. Está dividido en dos grandes bloques. En el primer de ellos, los autores realizan un estudio comparativo de cinco países en los que se han producido graves violaciones de los derechos humanos, como son Chile, Argentina, Guatemala, Suráfrica e Irlanda del Norte. En todo momento se facilitan datos, porcentajes y cifras que ayudan a tomar conciencia de la magnitud del problema.

En un intento constante de objetividad, los autores dan a conocer diferentes metodologías utilizadas como medidas de reparación y reconciliación en estos países, desde las comisiones de la verdad a las medidas de rehabilitación psicológica, moral y conmemoración, pasando por la investigación judicial, medidas legales y ayudas económicas, entre otras. Dependiendo de cada país, del momento histórico y de la idiosincrasia del lugar, se han seguido procedimientos diferentes y los resultados también han variado. En la mayoría de los casos, el hecho de poder contar y compartir sus experiencias ha

ayudado a las víctimas y familiares a sentirse mejor, pero las secuelas psicológicas y/o físicas que padecen son difíciles de superar, cuando no imposibles. Se debe facilitar asistencia especializada (asesoramiento que cubra sus necesidades, apoyo psicológico, etc.) a medio y largo plazo, poniéndola a disposición de todos los ciudadanos que puedan necesitarla. Pero también hay que fomentar la confianza en el sistema judicial como propuesta de reconstrucción social.

Tras haberse aplicado diversos métodos de ayuda a las víctimas se suele producir en éstas cierta satisfacción, pero queda patente que no existen fórmulas mágicas que contenten a todos. Siempre permanece un sentimiento de injusticia, angustia, incomprensión y sufrimiento en algún sector de la sociedad. Evidentemente, los errores pasados no se pueden corregir pero, tal y como se pone de manifiesto en este estudio, si se analizan las experiencias anteriores y existe voluntad de consenso se puede evitar caer en los mismos errores.

El papel que han realizado distintas asociaciones, ONG y sectores de la iglesia ha sido muy importante, aunque la implicación y la predisposición a una solución pacífica por parte de la población es fundamental para su “curación”.

En el segundo bloque, este libro aborda la compleja situación que se vive en el País Vasco desde antes de que se produjera la transición a la democracia hasta la época actual. Cubre un amplio espectro que va desde la presentación de las experiencias de otros países para aprender de ellas —las muertes por parte de las Fuerzas de Seguridad del

Estado, de grupos paramilitares, de la organización ETA y otros— hasta los efectos de esta violencia en los distintos sectores de la población. Se ha demostrado que no importa cuáles sean las medidas tomadas a posteriori, ya que una vez que los ciudadanos son —o se sienten— amenazados resulta muy difícil eliminar la sensación de miedo. También es patente que el hecho de vivir en un medio violento suele generar ciudadanos más agresivos y con dificultades para encontrar salidas pacíficas. Todo ello puede influir en los ámbitos de la vida de esas personas, afectando a sus comportamientos y decisiones tanto cotidianos como sociales y políticos. Los autores ponen un gran énfasis en la necesidad de conocer (y reconocer) el impacto de la violencia sobre las personas y de prestar apoyo para contribuir a mejorar la situación de aquellos que han sufrido o sufren como consecuencia del ambiente de inseguridad que se vive en el País Vasco.

Por último, se presenta una serie de propuestas y soluciones para invitar a todos los sectores de la sociedad a que adopten un compromiso en la resolución pacífica del conflicto actual: éste no es un problema que tengan que resolver ETA y el Gobierno español, son principalmente los ciudadanos vascos los que deben encontrar las vías de comunicación y entendimiento para poner fin a la violencia y alcanzar acuerdos. El futuro social, político y económico del País Vasco está en juego.

*Ángela Sobrino*  
Colaboradora del CIP

## **CONFLICTO, PAZ Y COOPERACIÓN PARA EL DESARROLLO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI.**

Comité de Ayuda al Desarrollo de la OCDE  
Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1999,  
146 páginas.

El creciente interés que despiertan los procesos de conflicto, construcción de la paz y desarrollo es constatable por los numerosos esfuerzos de investigación que se vienen realizando desde muy diversos ámbitos (Gobiernos, organizaciones multilaterales y no gubernamentales, universidades...). Gran parte de estos esfuerzos se dirige a profundizar en los lazos y sinergias que deben establecerse entre la ayuda humanitaria que se brinda en situaciones de conflicto y las estrategias de cooperación al desarrollo a más largo plazo. En una reunión de alto nivel del CAD, celebrada los días 3 y 4 de mayo de 1995, este organismo decidió poner en marcha un programa de trabajo encaminado a aprender de la experiencia sobre las conexiones que unen los conflictos, la paz y la cooperación para el desarrollo. La publicación resultante, de la que aquí se reseña su edición en castellano, es fruto de las investigaciones realizadas con el objetivo de mejorar la coherencia entre la prevención de conflictos, la rehabilitación y la reconstrucción posbélica.

A lo largo de los diferentes capítulos se intentan identificar y sistematizar los conceptos,

elementos básicos y mejores prácticas para definir unas orientaciones clave a seguir por los donantes en los procesos antes mencionados.

Según los criterios de CAD, cabe dividir los conflictos en cuatro fases principales: situación de tensiones latentes, tensiones crecientes, estallido del enfrentamiento abierto y conflicto violento y, por último, situaciones frágiles de transición posconflicto.

En cuanto a las fuentes de los conflictos, se señalan como fundamentales los procesos de cambio rápido y transición, el aumento de las disparidades socioeconómicas, la explotación de las diferencias —étnicas o de otra índole—, la competencia por el acceso a los recursos y la propia dinámica del conflicto. Tanto la tipología como las fuentes de los conflictos deberán de tenerse en cuenta para la configuración del marco estratégico de la ayuda. Este marco cumplirá la función de coordinar la actuación de la comunidad internacional, el Gobierno receptor y las contrapartes locales. En este sentido, el CAD pone especial énfasis en la coordinación, tanto en el seno de la comunidad internacional como sobre el terreno. Para ello se enumeran cuestiones como los recursos y procedimientos, el liderazgo entre los diferentes actores, los mecanismos de consulta, los recursos destinados a la propia coordinación y el mencionado marco estratégico.

Tan ineludible como lo anterior era la inclusión de un capítulo sobre la relación entre la ayuda humanitaria y la cooperación al desarrollo, en el que se recogen los desafíos a los que se debe hacer frente en este ámbito: un

enfoque de género operativo, distribución eficaz de la ayuda, consideración del *continuum* emergencia-desarrollo e imparcialidad.

Del mismo modo, se analiza detenidamente el proceso de recuperación posconflicto. Entre las áreas prioritarias de apoyo se menciona el restablecimiento de la seguridad interna y el Estado de derecho, la legitimación de las instituciones estatales, la promoción de la sociedad civil y la mejora de la seguridad alimentaria y los servicios sociales. Como ya se ha señalado en otras publicaciones, una cuestión fundamental en esta fase es transformarla no tanto en una reconstrucción —por lo que implica de vuelta al estado de origen— sino en una rehabilitación que pueda sentar las bases para una paz duradera. El libro concluye con una consideración sobre la idoneidad de los enfoques regionales en la prevención de conflictos y la construcción de paz. El problema latente en esta materia es la carencia, en las agencias multilaterales, de una buena articulación para tratar los problemas con dimensión regional ya que, tradicionalmente, el marco de referencia ha sido el Estado.

Nos encontramos por tanto, en esta edición en castellano, con un instrumento valioso para orientar las políticas y acciones que se dirigen a fomentar el desarrollo en los procesos de prevención de conflictos y construcción de la paz.

*Irene Bernabéu*  
Máster en Cooperación al  
Desarrollo